

SOBRE LA PIEL

1

Toco tu brazo y siento un activo calor en los dedos. Toda mi conciencia se ha concentrado ahí. Puedo sentir cómo laten tus venas bajo esa delgada capa clara.

La cadencia, la fragancia, el brillo de tu piel, su suavidad, su dulzura. ¿Cuál de los sentidos dará fe de esta prueba *palpable* de tu estar en el mundo?

Eres la huella que tu presencia imprime en el aire: una señal y un fruto.

Tu piel: lo más apetecido, lo más añorado, lo más grato.

La piel: luz del mundo.

Toco tu piel lentamente, percibo el suave escalofrío que te recorre y sé que ninguna otra textura me deparará nunca una sensación más placentera.

2

Desde tu piel fluyes como un manantial, como un surtidor ceñido por el viento que se frota, gime y se enrosca en torno de tus miembros. Cercada, retrocedes. El viento, ávido, te envuelve, te besa las mejillas, la garganta, los hombros, absorto en la fascinación de acariciarte. ¿Dónde terminará este asalto?

3

La piel es la expresión cabal de nuestros límites, el aspecto visible de eso que a falta de una expresión más justa llamamos el yo exterior.

Forma tangible del ser, apariencia del cuerpo, contorno, la piel perfila nuestros rasgos: es el estuche que nos contiene y nos da forma, el argumento de nuestra identidad.

Pero no sólo constituye nuestra imagen, la catadura como se decía antes, la estampa, el porte, aquello que nos caracteriza y define de cara a los demás. También es una pantalla sobre la cual se proyecta y registra lo que nos pasa.

Somos la silueta que nuestra piel traza en el espacio, el volumen que ocupa y el fondo que resguarda. ¿Un molde, una cárcel? Ventana más bien, abierta al mundo, cerrada para que no nos desbordemos.

4

La piel es, por definición, penetrable: una delgada capa de tejido cuya fragilidad sólo es comparable con su elasticidad y su firmeza.

Esa película deslumbrante, confín y escudo de mi ser.

Mi caparazón, mi carcasa.

La piel: orilla de mis sueños.

5

Lienzo, página en blanco sobre la que los hombres hemos escrito, desde el principio, los caracteres de nuestros miedos y nuestros deseos. Mediante incisiones, tatuajes, tintes, marcas de pigmento o de hierro trazamos en la piel el mapa de un territorio que ignoramos.

Símbolos, conjuros, oraciones: sobre la superficie rasa de la piel dibujamos los signos que nos dictan la ambición o la angustia. A través de estos signos establecemos un diálogo con lo otro y los otros y creemos que sus trazos erigen una barrera, un intangible muro protector contra los obstinados peligros del mundo.

El hombre siempre ha buscado decorar, adornar, modificar, volver más clara o más oscura, más lisa o más áspera, más luciente, más significativa esta palmaria envoltura que nos expone y nos personaliza.

Escribimos un texto que nadie comprende pero en el que esperamos que los otros lean los mensajes que emite nuestro cuerpo.

No nos conformamos con la naturaleza de la piel. Insistimos en transformarla, en crear, mediante toda suerte de subterfugios, una funda mejor.

Alterarla, destacar ciertas partes, disimular otras. Adornarla, adornarnos, ser mejores, más audaces, más atractivos, más feroces.

Deformaciones, mutilaciones, horadaciones, escarificaciones: signos del apetito o de la desconfianza; trazos dictados por el pavor, la agonía, la exaltación.

Buscamos establecer un lazo simbólico con los otros, un simulacro que nos dé certidumbre.

Si la imagen de las estrellas se imprimiera en nuestra piel, si, en un momento, la imagen de la Vía Láctea, por ejemplo, apareciera en ella, convirtiéndola en un trasunto del cielo (como cierta tradición afirma que ocurría con el cuerpo del Minotauro), aun así querríamos retocarla, cambiar, dibujar, por ejemplo, sobre ella un sistema solar o la luna o el mar. Los hombres no sabemos conformarnos con los que tenemos.

En un tiempo anterior al miedo la piel refulgía sin tapujos. (¿Existió un tiempo anterior al miedo?)

Nuestro aspecto visible, una incongruencia.

6

Blandura, suavidad, brillo, tersura: metas de toda cosmética.

La piel: ara y arreo, escudo, tachonado de clavos propiciatorios.

La horadamos, la adornamos con argollas, le clavamos agujas, cilindros, broches. Recurrimos al tajo, al desgarramiento, a la perforación, creamos un sistema de símbolos ornamentales con la esperanza de hermostrar nuestro aspecto y, de paso, hacer propicio el mundo.

La superchería de los agentes embellecedores, capaces de transformar cualquier adefesio en la más agraciada de las presencias, ha acompañado siempre al ser humano.

Acuciados por la ilusión de la belleza, los seres humanos intentamos cambiar, con un tesón quizá digno de mejor causa, lo que “no nos dio naturaleza” por una figura mejorada, y neciamente vertemos sobre la piel todo género de sustancias: cremas, linimentos, aceites, fragancias, emulsiones, pomadas, abrasivos, bálsamos, esencias,

tinturas, pastas, polvos, buscando deslumbrar mediante la creación fútil de un facsímil de nosotros mismos, pulido, acicalado.

Fatalmente, es nuestro exterior el que está en relación con el mundo. Nadie sabe qué pensamos, qué sentimos o cuál es la trama de nuestras aspiraciones. Pero todos se dan cuenta de nuestro semblante y nuestro aspecto.

Sí, es nuestra apariencia, más allá de lo que somos o creemos o deseamos la que nos confiere un lugar en el mundo.

La piel: lo que me delimita, una figuración del yo, la más tangible y la más artificiosa.

7

La libertad nos exige plantarnos y darle la cara a una realidad que nos acecha y nos asedia.

8

Estamos constituidos de tal modo que nuestra piel es, a la vez, mampara y puesto fronterizo.

Lámina y receptáculo, la piel: un espejo que aprisiona y refleja con despiadada nitidez las peripecias de nuestra condición.

Sentirse a flor de piel: ignorar lo entrañable. ¿Un acto de contrición?

Nada iguala la textura luciente de la piel, ninguna tapicería, ningún paño, ni siquiera la lustrosidad de la seda más fina puede comparársele.

La suavidad, la calidez, la tersura: cualidades de lo perfecto.

El ardor de la carne: espejo ustorio de la piel.

9

La piel es el más delicado de los órganos, el más dúctil, sutil y sensitivo. La envoltura más fina, la más perfeccionada.

Una materia frágil y maleable. Si la acaricio, tiembla, si la oprimo palidece y se hunde, si la beso se eriza. Una mordida la enrojece, un golpe la amorata, una uña demasiado afilada puede rasgarla.

Es mi embalaje, una funda que me contiene, me resguarda y me da identidad, un estuche dentro del cual lo que soy, lo que bajo esa capa se cobija alienta y ambiciona y desea y sueña.

El placer de los sentidos: apoteosis de la piel.

10

Punto de intersección de dos abismos, la piel es la frontera que separa nuestra interioridad de la intemperie.

Dentro de mí soy yo y mi circunstancia, aunque ignore en qué términos ocurren.

Piel adentro somos un oscuro amasijo de vísceras y complejas funciones inconscientes.

Lo que ocurre en nuestro interior nos concierne de un modo que no comprendemos y sobre el que no tenemos ninguna injerencia. Distantes de nosotros, somos, entre todos, los más extraños, los más inexplicables.

Afuera bulle el mundo, lo otro, los demás, las ignotas y coactivas comarcas de lo ajeno. Todo lo que sucede más allá de mí es, por definición, doloroso, anómalo. Nada puedo tampoco en este ámbito: el exterior me ignora y me rebasa, me oprime, me confronta.

Donde termina mi piel empieza el mundo. Existo porque mi piel pone coto al afuera y me erige como un individuo.

¿Le permitiré a mi piel que se erice a la vista de un espectáculo terrible?

11

Cualquier intromisión, cualquier trastorno en esa fina trama altera el orden del mundo: hematoma, escoriación, rasguño, herida, por insignificantes que sean, ponen de manifiesto la inconsistencia de la realidad. Nada es perdurable, todo el tiempo todo está amenazado.

Una herida no sólo es una rendija por la que el mundo exterior irrumpe en el espacio cerrado de nuestro cuerpo. El tiempo se retrae y escapa, sin que podamos hacer nada, por el resquicio abierto. Por un instante la vida se suspende. El ser, el impulso vital que nos cohesiona, sufre un desequilibrio, que puede tener consecuencias fatales o no pero que, siempre, quebranta el curso de las cosas.

La piel rota hace patente la fragilidad de la vida.

Una cicatriz es una tachadura en un texto sagrado. El borrón, el trazo corregido denota, alternativamente, amagos de exterminio y perdón.

No, nada es igual después de sufrir una herida: detrás de los labios de la carne partida la muerte nos pela los dientes.

12

Me reconozco en el ámbito de mi piel. Existo porque soy capaz de percibir lo que entra en contacto con ella: luz, arena, viento, frío. Soy lo que toco, vivo porque puedo palpar y acariciar y sentir con la agudeza de mi piel la realidad cambiante de mi entorno.

Todo pasa por la piel: la desazón, el pasmo, las afrentas de la luz y del aire.

Rascarse, sobre todo la espalda: un placer (o una urgencia) ancestral.

La piel es el punto de encuentro de la carne y el mundo. Falta el demonio para hacer el trío. Por eso siempre se aparece.

13

¡Un cuero! Esta expresión, que oí con frecuencia en mi infancia referida a una mujer hermosa y, sobre todo, bien formada, sexualmente atractiva, parece estar desapareciendo del habla de los jóvenes. Sin duda el término no dejará de encender la ira de más de una feminista, dispuesta a no dejar pasar la más mínima alusión al cuerpo de la mujer como un ostensible objeto de deseo, pero la expresiva sinécdoque no deja de tener su encanto y su vertiente de verdad: define con justeza el contenido por el continente, el fondo por la forma.

Relacionar la belleza de una persona con la calidad de su envoltura es, por decir lo menos, razonable. Si la piel, el cuero bien torneado, incitante, turgente, es la parte más visible de un ser, la más inmediatamente apetecible, promesa de delicias y de paraísos táctiles, ¿por qué no hablar de ella de esa manera explícita? Las ideas fijas, ideológicas o morales, perifrásticas, nada añaden a nuestra comprensión.

14

Estamos constituidos de tal modo que nuestra piel es, al mismo tiempo, un área de exposiciones y un baúl.

15

Frotarse las manos: ese gesto común de determinación, de gusto, de avidez incluso, comporta un equívoco. Estimulamos nuestra piel a fin de darnos ánimo. Decimos: “Ahora sí, es nuestro turno. Vamos con todo a eso.” Nos restregamos los dedos, los nudillos, las palmas, anticipando un logro o alentándonos a realizar algo. Y somos capaces entonces de expoliar y torcer y destrozar azuzados por ese calor que nos ha procurado el frotamiento.

16

Sometida al asedio del tiempo, la piel da cuenta, más rápidamente que cualquier otro tejido, de la inestabilidad de la vida.

Palimpsesto en el que las pasiones escriben, borran y vuelven a escribir su lenguaje de sombras.

Amamos un cuerpo. Durante años hemos recorrido la piel que lo recubre como si de ello dependiera nuestra existencia. Abrevamos en él, nos demoramos en sus llanuras, descendimos a sus cañadas, dormimos a la sombra de sus sotos. Con el correr de los años en esa comarca conocida empiezan a surgir manchas, grietas, arrugas, erupciones. El desgaste, el frío, el calor, la usura imparabile del tiempo dejan su huella.

Ese pliegue no estaba antes ahí, *la gentil frescura y tez de la cara* ha comenzado a ajarse, sobre la tersura de las nalgas aparecen abolladuras, hundimientos, en los muslos hay mallas, rasgos aborrecibles.

Pocas cosas tan ingratas como unos rotundos muslos femeniles vejados por la celulitis.

Y sin embargo, nos incumben también esas marcas y el cuello flácido, el vientre fofo, las tetas desmadejadas son un emblema y un atributo de la tolerancia (o la resignación) que entraña envejecer juntos. ¿Por qué no habríamos de amar más esas muescas, esas transformaciones que son el vestigio legible de la vida?

Los estragos de la piel marchita son como una divisa y un trofeo, la rúbrica de la existencia.

17

La piel no cesa, no termina. Me ciñe, me sostiene y me da certidumbre. A través de ella conozco y soy conocido, palpo y soy palpado, gozo y soy gozado. Mi piel: mi efusión y mi fundamento.

No existo más allá de esta armoniosa congregación de células. Puedo, sí, desbordarme, expeler agua, sudor, semen, invadir por unos instantes el afuera, pero estoy confinado por esta malla que me delimita y me clausura.

Malla, tapia, broquel. Valla que nos reguarda. Existimos y alentamos detrás de ese paramento, actuamos en los márgenes de nuestra propia constitución: estamos hechos de una fina película mórbida y flexible y única.

Maleable, permeable, correosa, blanda. Una trama perfecta.

La piel: un vocablo que acepta todas las pre-posiciones.

18

Hay zonas donde la piel alcanza una suavidad y una finura extremas, como si ahí las capas

más sutiles del tejido, reconcentrándose en su delicadeza, refulgieran: la cara interna de los muslos y de los antebrazos, las inmediaciones de los labios, la nuca, los pechos de la mujer, la redondez egregia de las nalgas. Se diría que ahí las células se han adelgazado hasta alcanzar una luminosidad y una prestancia prístinas.

Recubierta de una fina pelusa, tu piel, encendida, riel. La luz de la ventana cae sobre la cama y nimba tu cuerpo. Se diría un campo de trigo dorado por el sol de la tarde ondulando a la espera del tacto más fino.

El vello suavísimo erizado: piel de durazno.

En tu piel se hace manifiesta la luminosidad, el esplendor de la carne.

19

Pese a tu sostenida resistencia te hago cosquillas. Hundo mis dedos moviéndolos con rapidez alrededor de tu cintura, por tus flancos, en las axilas, debajo de los pechos. Te revuelves, te excitas. Brota de ti una súbita explosión de alegría, de risa incontrolable. Y casi no lo puedes resistir y te saltan las lágrimas y gritas pidiendo clemencia. Una mezcla de agitación y de súplica, como en el clímax del encuentro amoroso.

20

La tesitura de la piel es un festín: se solaza en el vientre, se sublima en los labios, se reconcentra en los pezones, crespita y rugosa, lisa en las palmas, en las plantas y en las yemas de los dedos, suavísima en los muslos.

Hay zonas de nuestra piel donde la sensibilidad es, por decir lo menos, máxima. Un roce apenas, una leve presión de la lengua o de los dedos placenteramente suaves puede despertar sensaciones vertiginosas. Cada quien posee regiones donde su piel se convierte en un pasaporte al delirio.

En esa morbidez palpita la promesa de un placer insondable.

21

La piel es un paisaje, una extensa llanura surcada por prados, sotos, cerros, cuencas, hondonadas, cavernas. El horizonte se dilata, fluye, fulge, se tiende, retrocede: se levanta en sus lomas, se hunde en sus cauces, profundiza en sus cuevas, se repliega, se expande, se contrae.

¿Qué sería de nuestra vida si la piel no ofreciera esos territorios de exaltación y de abandono?

22

¿Si nuestros vestidos son una segunda piel, qué son las afecciones cutáneas?

En ocasiones el paraíso de la piel se ve mancillado por parcelas de infierno: urticarias, verrugas, llagas, quistes, tumores.

Vesículas, ampulas, pústulas, pápulas, forúnculos, úlceras: un ríspido catálogo de desórdenes esdrújulos.

El tejido agredido, la células vejadas, la película grácil de la piel violentada de pronto por el brote de males cacofónicos.

Cloasma, lupus, muermo, tiña, pénfigo, serpigo, petequia, vitiligo, pian: palabras que en su sola morfología conllevan, como una ofensa, la iniquidad de lo que designan. Afecciones de la piel cuya fonología transparenta la carga de humillación que infligen a la naturaleza humana.

Rugosa o áspera, húmeda o reseca, aterciopelada, grasienta, nacarada, la piel es, desde cualquier punto de vista, un libro abierto.

Reivindicación de la piel: horrores de la cirugía estética.

23

Su resistencia es su esencia. La piel: epítome de la blandura, paradigma de la mollicie, es el más consistente de los tejidos, el más constante y el que se recupera con mayor prontitud.

Lustre y pináculo del ser, que bulle contenido por ella, la piel adquiere la forma de mi deseo.

¿Sólo podemos conocer realmente lo que ocurre encima de la piel?

Los poros: un sistema de escape, de liberación de una red cerrada sobre sí misma.

¡Salir de nuestra piel, ser otra cosa! Este sueño, que ha acompañado siempre a los hombres, denota o bien una instintiva apología del suicidio o una completa falta de imaginación.

Conocer de qué está hecha nuestra piel, cómo funcionan sus células, de qué manera transmiten sensaciones e impulsos los nervios que la animan, no aumenta nuestro conocimiento de nosotros mismos.

La piel también tiene su profundidad.

¿El sacerdote azteca que bailaba durante días cubierto con la piel del sacrificado, realmente se imaginaba que ese pellejo sanguinolento lo imbuía de un poder superior?

Meterse en la piel del otro: experimentar en carne propia las tribulaciones y, más raramente, los goces ajenos. Una imposibilidad o una imprudencia.

24

Recorro la superficie de tu cuerpo abierto en doce orificios cruciales. En ese continuo liso y turgente encuentro toda suerte de estímulos, hechizos, señuelos, insinuaciones. Desciendo tus colinas, atravieso tus valles, vadeo tus orillas, bajo a beber en tus pozos.

Ardes bajo mis manos. Una llama rosa y púrpura alzada contra el tiempo.

Cada célula es una boca abierta. Aspiro y lamo y chupo. Una corriente te recorre por encima y por debajo de la sobresaltada extensión de la piel.

Somos la piel que curtió nuestro deseo.